

**LA NOVELA
CORTA**

NOVELISTAS
ESPAÑOLES
DEL SIGLO XIX

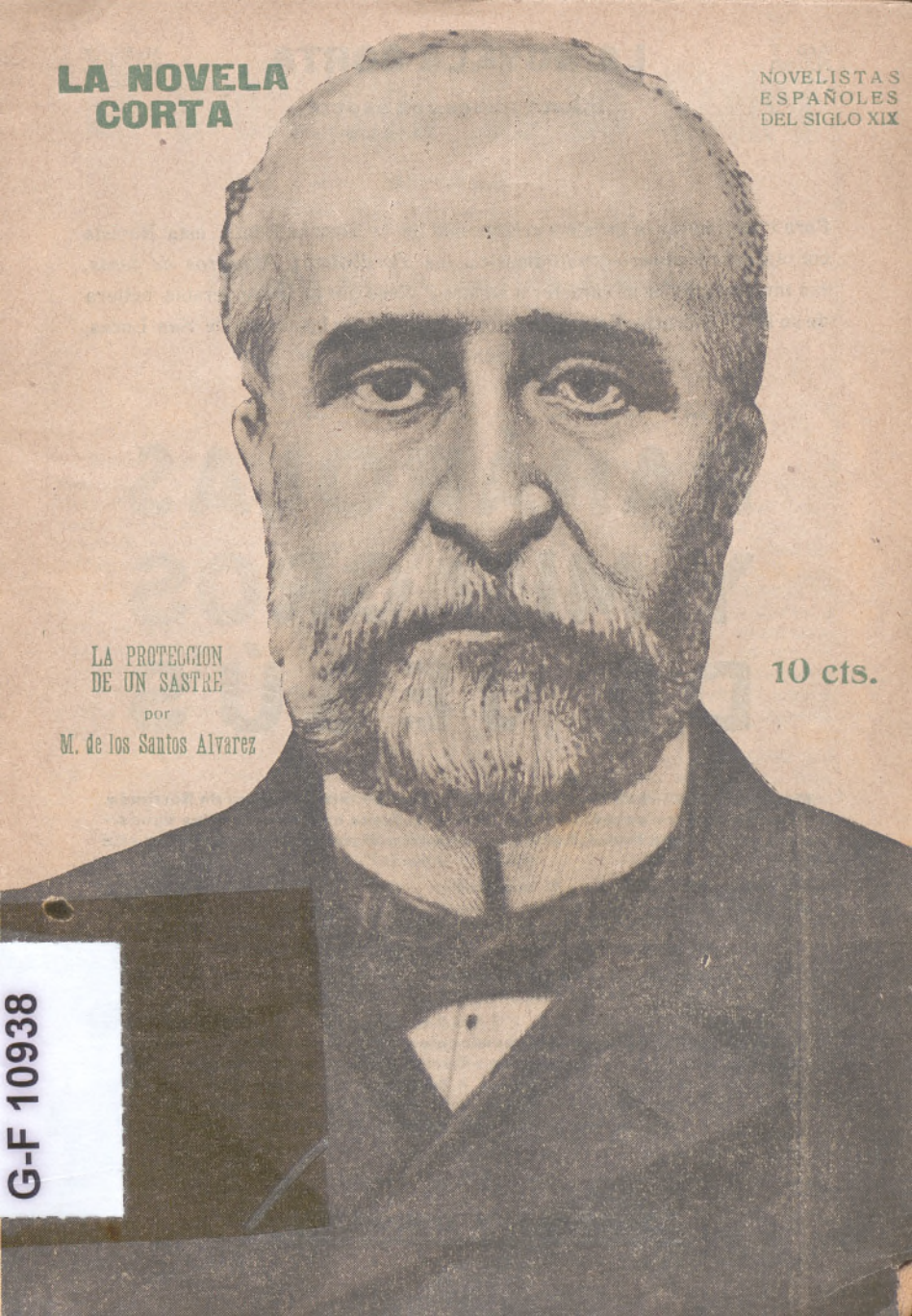
LA PROTECCION
DE UN SASTRE

por

M. de los Santos Alvarez

10 cts.

G-F 10938



DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Para conmemorar la próxima celebración de la Semana Santa, esta Revista consagrará un número extraordinario a las *Parábolas y Milagros de Jesús*, tan interesante por su carácter novelesco como por la imponderable belleza de su forma literaria. Estas narraciones se ajustan a los textos de San Lucas, San Mateo, San Marcos, San Juan.

PARÁBOLAS Y MILAGROS DE JESÚS

MILAGROS. --- Las bodas de Caná. --- La hija de Jairo. --- El ciego de Bartimeo. --- Los panes y los peces. --- Los diez leprosos. --- Jesús camina sobre las aguas. --- La ceguera de San Pedro. --- Lázaro de Bethania. --- El paralítico de la piscina. --- Un milagro de amor.

LAS PARABOLAS. --- El sembrador. --- El hijo pródigo. --- El principe y el deudor. --- El fariseo y el publicano. --- Las vírgenes prudentes y las necias. --- El samaritano. --- El rico fastuoso y el pobre Lázaro. --- El trigo y la cizaña. --- La viña plantada y arrendada. --- La oveja descarriada.

LOS RASGOS. --- La mujer adúltera. --- Jesús entre los niños. --- Jesús arroja del templo a los mercaderes.

LAS SIETE ÚLTIMAS FRASES DE JESÚS. --- Visión preliminar de la Pasión. --- ¡Padre mio, perdónalos porque no saben lo que se hacen! --- En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraiso. --- Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre. --- ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me has abandonado? --- Tengo sed. --- ¡Todo está consumado! --- En tu manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Este número se publicará independiente de nuestro número del sábado.

Aparecerá el Jueves Santo



R. 103690

La protección de un sastre

NOVELA

POR

Miguel de los Santos Alvarez

I

Hacia el año de mil ochocientos treinta y tantos, amados lectores míos, y esto que puede muy bien ser tan sólo un cumplimiento para los varones, es la verdadera expresión de mis sentimientos para todas las mujeres bonitas que me lean; hacia el año de mil ochocientos y tantos, vino a Madrid un tal Rafael de yo no sé cuantos, muchacho de unos veinte y pico años de edad, de no malas disposiciones intelectuales, ni tampoco mal dispuesto corporal y mecánicamente. Puede que con el tiempo sepamos de dónde venía este muchacho: yo por ahora tampoco sé de esto una palabra. Lo que sí sé de cierto, es que tenía parientes en la Corte, y que con la intención, sin duda, de no estar en ella falto de *protección*, traía consigo un compañero, con quien podría estar casado o no estarlo, porque era el compañero una mujer. Yo no sé cuales serían los primeros pasos que este hombre y esta mujer darían en la Corte, pero supongo que serían los necesarios para buscar casa, porque apenas llegados, estaban ya viviendo en una muy decente habitación de una decentísima casa de pupilos, fonda o cosa parecida.

La primera vez que yo puedo dárselos en retrato a los lectores, estaban los dos hablando, sentados el uno enfrente del otro. Tenía Rafael, al parecer, una proporcionada estatura, era más flaco que gordo, pero bien hecho y elegante en sus modales.

Pintábanse en su fisonomía toda la fuerza y toda la nobleza que acompañan a la juventud, algunas veces, en esta nuestra época de decaimiento físico y adelanto moral y que debían acompañarlas siempre en siglos más felices, cuando la juventud no vivía más que con el corazón, que noble y generoso, como lo es siempre al principio de la vida, la separaba del mezquino y suspicaz espíritu de examen, adorno, encanto y regalos de los jóvenes, aún más que de los viejos, en este siglo de verdad embustera, de egoísmo y de infamia.

Tenía nuestro Rafael dos ojos serenos y valientes, negros y rasgados, bajo unas cejas apenas arqueadas, tan negras como ellos y que se dibujaban con fuerza en la blanquísima frente, espaciosa y marcada con varias protuberancias, que hubieran podido hacer pensar a un frenólogo principiante, que estaban allí indicados grandes talentos y otras zarandajas. El pelo era también negro y ligeramente rizado, la nariz más aguilena que otra cosa, la boca más chica que grande, expresiva y simpática, las mejillas sonrosadas y frescas, la barba regular, y para concluir bien y a propósito, las orejas eran como todas las orejas, que por muy cuacas que sean, como estas lo eran, siempre son feas y ridículas, miradas sin pasión y a la luz del sano juicio.

La mujer con quien hablaba interesaba desde luego por la delicadeza, gracia y proporción, con que estaban en ella colocados todos los pedazos que componen este pobre cuerpo humano, que era en esta mujer todo lo rico que puede ser de

OB. 1173108

f. 133020

belleza y de *agradabilidad*. Esta palabra *agradabilidad*, no está en el diccionario. Tendría unos tres años menos que Rafael, o dos o uno, al fin era más joven y quédese esto aquí y vamos adelante con nuestra historia.

Estaban los vestidos como para salir de casa, sin un excesivo lujo, pero con muchísimo gusto y a la moda, aunque no sé si a la última, porque en Madrid apenas hay última moda, lo que a muchos les probará atraso a mí me prueba otra cosa.

Sobre los muebles de la habitación en que se hallaban, que eran por más señas nuevos y bonitos, había aquí unos guantes, allí una sombrilla, más allá un sombrero, y, por este orden esparcidos una porción de objetos, de estos de que se echa mano en el momento crítico de salir a la calle.

—Aquí nos tienes—dijo por fin Rafael.

—Sí—respondió la joven con aire distraído—*aquí estamos*.

Sonrióse nuestro muchacho de la indiferencia con que fué pronunciado el *aquí estamos*.

—Sí, Luisa mía, aquí estamos y día vendrá en que pierdas la desconfianza con que aquí has venido.

—Desconfianza... no: estando contigo, Rafael, y teniendo tú esperanzas, de nada desconfío.

—Bien, Luisa, así; ten esperanza en mí, y allá verás.

—Y además tenemos dinero—dijo Luisa mirando a Rafael con una expresión entre triste y maliciosa.

—De sobra—respondió éste, de muy buena fe y como quien decía una verdad—. Antes de gastar los catorce o quince mil reales que tenemos, verás como he logrado mi objeto.

—Bien, Rafael, pero como hasta ahora, de tantas veces como me has hablado de tus esperanzas, ni una sola me has dicho nada de positivo, ni de su fundamento, ni del fin a que caminan...

—¡Ah!—la interrumpió Rafael—ya tenemos al mezquino espíritu mujeril, queriendo poner puertas al campo. Las esperanzas mías tienen su fundamento yo no sé donde... y ¿quién va a divinar a dónde pararán? Pero, querida Luisa, si tu no concibes más de lo que te puedes explicar lógica y razonadamente, a mí me sucede lo contrario: concibo yo no sé como, todo lo que no puedo explicarme y me ha sido casi siempre imposible concebir lo que me explican.

II

Andaban Rafael y Luisa muy entretenidos por la calle de la corte, sin dirección ninguna, como aquel que encontrándolo todo nuevo, todo lo encuentra a su gusto. Las elegantes tiendas que al paso veían, presentándoles una multitud de objetos preciosos, tanto por su subido precio como por lo agradables, convidaban no menos al uno que al otro a hacer frecuentes y costosas paradas en su incierto paseo, que se concluyó cuando se concluyó el dinero que a mano llevaban, que ciertamente no era haber gastado poco para quien había salido de casa sin intención de comprar. Guiados, pues, por el muchacho a quien habían cargado con las compradas frioleras, volvieron a su casa, no descontentos de lo que de la corte hasta entonces habían visto. Ni faltó tampoco quien hasta la puerta los siguiera, con el objeto sólo de saber donde vivía la hermosa mujer, que había dejado de llamar la atención de más de cuatro ociosos de estos que, en busca de no se sabe qué, andan siempre discurriendo por las calles concurridas de las grandes capitales.

Hay en este mundo gentes que nacen de una manera tal organizadas, que no parece sino que en un palacio, cuanto más en una corte, han sido nacidas y cría-

das. De estas gentes eran los jóvenes de nuestra historia, a quienes ni en lo más mínimo, se hubiera conocido que eran recién llegados de una provincia. Como consecuencia inmediata de este su buen porte, por aquello de que Dios los cría y ellos se juntan, eran también dos elegantísimos jóvenes, los que les habían sobrado la suficiente afición para seguirlos hasta su casa. Después que entraron en ella Rafael y Luisa, quedáronse nuestros dos mancebos parados a la puerta, siguiendo su conversación de conjeturas acerca de quién pudiese ser la mujer que uno de los dos interlocutores comparaba a todo lo hermoso que se ha conocido en el mundo, en todos sus tres reinos: animal, vegetal y mineral.

—Por lo visto—le decía el otro—, ya has hallado mujer a quien querer.

—Falta me hacía—respondió éste—porque no me parece bien un hombre sin amores, y hace tres meses lo menos que yo no los tengo.

—¿Con que éste viene con trazas de amor?

—Chico yo no lo sé, pero enamorado me siento.

—¿Y quién será ella?

—¿Y a mí qué me importa?

—¿Y él?

—El... él... tienes razón, él... ¿pero a mí qué me importa? No le he mirado bien, pero te juro que por hermoso que sea, no ha encendido en mí una pasión tan vehementemente que me prive del placer de ofrecérselo, para que tú le enamores a tu sabor.

—Ríete... pero si acaso es su marido...

—Peor sería que fuera su amante. ¡Ojalá Dios mío hayas permitido algún día la unión de estos dos esposos, que tú permitirás también su desunión, y sea, sobre todo, lo que tú quieras! Ea; ven acá, pongámonos en la acera de enfrente, porque puede salir al balcón, y no quiero andar perezoso en estos amores. ¡Oh! es una mujer!...

Y pasóse nuestro joven a la acera de enfrente y marchóse el otro en busca, sin duda de otra mujer, que no vendría a las manos tampoco, sin muchos malos ratos adelantados por el hombre.

Yo no sé si es que muchas veces el corazón le dece a uno que haya una cosa, o si se asomó por casualidad, es lo cierto que Luisa se asomó al balcón.

Asomarse, reparar en Carlos y hacerse la desentendida, todo fué uno.

Y eso que Carlos tenía una interesante figura, pues aun cuando desde el balcón en que estaba Luisa, no se pudiera distinguir, por ejemplo, de qué color tenía los ojos, y sabe todo el mundo que el color de los ojos hace mucho en la belleza del animal hombre, y nosotros sabemos que los ojos de Carlos tenían buen color; llegaba su imagen, sin embargo, bastante linda, a los recelosos ojos de Luisa, que bien hubieran podido mirarle por gusto y sin recelo.

Túvose, pues, nuestro amante que contentar con saber que Luisa le había visto, y con conjeturar que puesto que habiéndole visto, había puesto cuidado en no mirarle; más bien le había gustado que otra cosa.

Y se fué tan alegre como había venido.

III

Excusado nos parece decir que Rafael y Luisa comieron, después de lo cual, como era gente desocupada, y como el tiempo en que entonces estábamos era el de verano, salieron otra vez de casa y fueron al Prado, paseo que no es malo, pero que podría ser mejor, como otras cosas de este mundo. Dieron allí la primera vuelta en el *salón*, pero bien pronto notaron que la gente, si no más escogida, porque, ¿quién va a escoger entre la gente? por lo menos de mejor tono y

más aristócratas, no paseaba por donde ellos, sino por una calle contigua al salón y mucho más estrecha que él.

Como es de suponer, estaba en el paseo Carlos, que a penas vió a Luisa, cuando después de haberla mirado con lo que otro llamaría descaro y yo llamo amor, trató de tomar posición detrás de ella, para ver de irla manifestando poco a poco su mucho cariño. Para conquistar a las mujeres en el paseo, llamémosle campo de batalla, creo que no es necesario como en otros campos de batalla para conquistar algún punto fortificado tomar ninguna altura ni cosa que lo valga, sino perseguir muy de cerca al enemigo mujer, llevándole siempre delante y al alcance de las descargas de palabras del que ataca. No dejó de notar Luisa, ni la mirada ni el movimiento de Carlos: conociólo éste y creyó y muy bien creído, que había dado un gran paso. En efecto, hacerse ver en pocas horas dos veces, de una mujer a quien no se ha visto nunca, es el principio innegable de hacerse ver una porción de veces al día, y esto si va unido con la satisfacción de la que ve, es verdad que puede ser otra porción de cosas, pero también puede ser amor.

Colocado, pues, ya nuestro Carlos después de Luisa, trabó con él que lo acompañaba, una de esas conversaciones que se tienen para que sean oídas, en la que trató de lucir toda la ligereza y toda la gracia que Dios le había dado. Alguna debía ser, pues logró que más de una vez se sonriesen tanto Rafael como Luisa; con la cual animado, dicen que aquella tarde tuvo más talento que nunca. Afortunadamente para él, hubiósele de caer a Luisa el abanico o el pañuelo, o yo no sé qué, y como quien estaba decidido a no perder ripio, ingenióse de modo que pudo levantarlo del suelo antes que Rafael, afectando al mismo tiempo cierta fría indiferencia, por si era marido para con él, y mirando a Luisa, cuando puso en su mano la cosa caída, de una manera tan poco indiferente, que ella entre asustada, y hermoseadas las mejillas con un súbito y mágico carmín, y hermoseados los ojos con una indefinible expresión, pronunció en vez de gracias, un jay, Dios mío! tan lleno de coquetería, que es, entre paréntesis, la buena educación de las mujeres, que hubiera bastado por sí solo a prender a Carlos, si tan prendado no se hallara.

Feliz sin duda fué esta tarde Carlos, y por el mismo estilo podía haber sido feliz otro corazón, que encerrado en su cuerpo correspondiente, por allí andaba paseando, si este corazón no hubiera tenido la desgracia de caer en cuerpo de mujer. No se habrán olvidado los lectores todavía, de aquella niña que desde aquel balcón había visto a Rafael aquel mismo día. Pues esta niña también le había visto esta tarde en el paseo, también se hubiera puesto detrás de él, y también le hubiera alcanzado cualquier cosa que se le hubiera caído, pero no es costumbre. Y como si no bastaran todos estos obstáculos, que a estas cosas puramente materiales se oponen, otro motivo había venido a oponerse hasta a la secreta expansión del cariño en este corazón mujeril. Como Rafael iba con la misma mujer a quien acompañaba por la mañana, era de suponer que estuviera casado. Ya hemos visto como se había portado Carlos, a pesar de que la misma idea le había asaltado con respecto a Luisa; pero el amor del hombre es más espontáneo y menos razonado que el de la mujer. Las mujeres tienen una conducta admirable y digna de envidia en esta parte. Es verdad, que no están seguras las esposas de que no las arrebatará su esposo otra esposa mal desposada, o alguna viuda honesta, pero aun cuando su marido sea el hombre más hermoso, más amable, más cabal del mundo, con dificultad podrá inspirar amor a una virgen, a menos que esta virgen sea deshonestísima (1).

No dejó, sin embargo, Rafael, de conocer por alguna mirada que a su pesar se le escapaba Inés, que había en aquellos ojos alguna cosa que pensaba en él. En esto de amores, hay indudablemente un misterioso lazo, entre los que se han de querer, que nadie puede descubrir, pero cuyos efectos se sienten. Inés había visto por la mañana a Rafael, y había desde entonces pensado en él. Rafael des-

(1) Lo cual no es de suponer siendo soltera.

de que por primera vez había visto a Inés, pensaba también en ella, y no deja a pasar una vuelta, sin hacer todo lo que puede hacerse en tales casos, por dárselo a entender. Ella estaba contentísima con esto, pero no se daba por entendido, por el deber que se había impuesto de hacerse la indiferente; obligación nada, que no la atormentaba menos que el pensamiento de que aquel hombre estaba casado.

De lo que pasó desde aquí hasta el día siguiente, no sé ni una palabra, pero no debió andar Carlos, ni perezoso ni desgraciado, porque contra toda su costumbre se levantó aquella mañana muy temprano, hablando solo y diciendo: «Si esa mujer no me quiere, no entiendo yo una palabra de mujeres. Es necesario no perder tiempo: si el torpe del marido no está en casa, ahora mismo la veo», y empezó a vestirse, cantando y aturdiendo a voces a un muchachuelo rubio y bien dispuesto, que le servía de ayuda de cámara.

Vistióse de prisa, al descuido, pero sin dejar de verse en el espejo, que no le disgustó, reflejándole una figura suelta, derecha y noble; y ya iba a salir cuando pensándolo mejor, se puso a escribir una carta, y concluido este negocio en dos minutos, salió de casa murmurando entre dientes: «Si no la puedo ver, no importa, carta al canto.»

Dirigióse con esto a casa de Luisa, llamó a la puerta, salió a abrirle una criada, le preguntó si se podía hablar con el ama de la casa, la criada le respondió que sí, y fué introducido después de atravesar un largo callejón, en un aposento irregular y medianamente amueblado, donde sentada en una desvencijada y antigua silla poltrona, y teniendo a los pies un gran cesto de labor, se hallaba el ama de la casa, cosiendo a la sazón unos calcetines.

—Señora, muy buenos días—, dijo al entrar Carlos.

—Muy buenos los tenga usted caballero—respondió la señora, colocando al mismo tiempo, en forma de guante, en su mano izquierda, un calcetín—. ¿Y qué se le ofrecía a usted?

—Señora, yo sé que esta es la casa más decente, en que se alquilan cuartos amueblados, en todo Madrid.

—Gracias, caballero, gracias, y a buen seguro que sí, porque mi marido, que Dios haya, era un empleado en las rentas de su majestad, y tiempo ha habido en que he tenido abono de cazuela en el teatro y...

—Pues bien, señora—, interrumpió Carlos—, yo quisiera ver algún cuarto, porque...

—¡Ay, hijo mío! ¡Si usted hubiera venido antes, y tan buen cuarto como hubiera usted hallado! pero ahora justamente, tres habitaciones, que son: una gran sala con dos gabinetes, y en cada gabinete su alcoba, me los tienen ocupados un joven y una señorita, que parecen ser muchas personas, porque el uno duerme en un gabinete, y el otro, en el de enfrente: matrimonios de señores ¡Jesús y qué mal gusto!

—¡Voto va!—, exclamó Carlos—, el cuento es que yo quisiera hablar a esa señora, porque la conozco y puede que me se diera un cuarto. El marido no estará en casa y...

—Sí, señor; no se levantan hasta las doce: puede usted volver, que ahora no son más que las diez y media, y si ustedes se arreglan...

Cumplióse en la silla nuestro Carlos, sin decir una palabra, hasta que después de haber hecho cuatro gestos de hombre que todo lo deja a la fortuna, dijo a la patrona:

—Señora, voy a darle a usted una prueba de confianza tan grande, que por imposible tengo que una persona de la educación de usted no corresponda a ella.

Sacóse ella maquinalmente el calcetín de la mano, prendió en él la aguja, todo lo dejó sobre la silla inmediata, y con los brazos cruzados siguió oyendo a Carlos, que decía:

—Yo estoy ciegamente enamorado de esa señorita que duerme en ese gabinete: yo podía haberme valido de una de las criadas de usted para entregarla un billete...

—¡Quite usted de ahí, señor caballero!—, exclamó la buena ama de casa—, las criadas son mujeres muy torpes, que comprometen a cualquiera y...

Llenósele a Carlos el semblante de júbilo, y viendo seguro el logro de sus deseos, y entusiasmado, no pudo menos de apretar con las suyas una de las manos de la amable viuda, mano que tendría ya sus cincuenta años y que tembló con todo.

Desde aquí en adelante todo fué efusión de sentimientos y franqueza por ambas partes. Pidió dinero la vieja, dióselo Carlos, dijo que era poco y que bien podía darla, más, entrególa la carta, la encareció su amor, su agradecimiento, ella le encareció su fidelidad, su desinterés, maldijo la pobreza, la avaricia y los siete pecados capitales, y ofreciéndose a servir a Carlos como si fuera cosa propia, le acompañó hasta la puerta.

IV

En una mala habitación de una mala casa de un mal barrio; que apenas hay cosa mala que vaya ni venga sola, estaban sentados al derredor de uno de estos muebles de barro que llaman copas y que sirven para lo mismo que los braseros, es decir, para tener lumbre en las habitaciones; al derredor, pues, de una copa, estaban sentadas en una noche de las más frías de invierno tres personas, bien distintas en verdad, porque el uno era hombre, la otra mujer y la otra persona era una hembra fea, y, por lo tanto, ni hombre, ni mujer, ni cosa que lo valga, tenía la habitación en que se hallaban todo el carácter que tienen todas las habitaciones pobres, que consiste en cierto aspecto desentonado y en cierta desnudez de todo género de adornos, que sin duda ninguna, no echan de ver los ojos de la gente pobre, pero que afecta de un modo particular y desagradable los ojos de la gente que no es pobre, que están acostumbrados a cierta proporción y cierto orden en el arreglo de sus *jaulas*.

Y esto es tanto más cierto cuánto más decentes son las personas sentadas al amor de la copa. Y de aquí se infiere que salve Dios lo que se habría hecho de los catorce o quince mil reales que tenían Rafael y Luisa, porque los dos, ni más ni menos, acompañados de su feísima ama de casa, eran las personas de que estamos hablando.

Estaba Rafael, más que sentado, echado en una silla que algo distante de la pared, tirada hacia atrás, se apoyaba en ella; con un codo puesto en una mesa cubierta con un tapete de damasco roto, que a su lado derecho estaba, fumando pacíficamente un cigarro puro. Luisa estaba sentada más cerca del fuego, enfrente de la mesa, leyendo a la luz de un beloncillo en un libro nuevo, pero impreso y encuadernado mezquinamente, lo que me hace creer que sería edición hecha en Madrid de alguna obra moderna. La buena de la patrona, sentada casi encima de la copa, estaba cabeceando, y más que durmiendo, matando algo del mucho sueño que tenía. Por fuerza zumbaba el viento, que es bien seguro que hacía tiritar a más de cuatro infelices, porque hay más de cuatro mil en Madrid, cuyo único amparo mientras piden limosna en noches como esta, en el cautivo rincón de alguna puerta, que siente impasible los movimientos convulsivos con que los helados miembros de estos desgraciados se golpean en ella, y tan impasible lo siente, que en pago bien merecía esta puerta dejar de ser materia bruta y convertirse en la humanidad personificada, que apenas es un poco más firme de corazón que ella. El frío es un enemigo horrible del pobre, para quien no hay calor en ninguna parte, porque hasta la llama de su corazón se ha apagado, y no se ha apagado ella sólo por falta de vida, no; la ha apagado el frío soplo... ¿De quién? De todos nosotros, que nada hacemos que sea bueno; de todos nosotros, que somos tan dignos de ser ahorcados por malos como de otra cualquier cosa.

Por fuera zumbaba el viento, pero la habitación en que estaban Rafael, Lúisa y su patrona, estaba abrigadísima y caliente, porque era chica y había en la copa muchas y bien encendidas brasas. Fumaba, pues, Rafael, leía, Luisa y la patrona dormía, y los tres, en calma, oían los silbos del aire, al amoroso calor de la lumbre. Reinaba allí un agradable silencio, sólo interrumpido de cuando en cuando por un gato, que de poca edad aún para pensar en cosas serias, disfrutaba de la felicidad que proporciona la poca reflexión, retozando alegremente con cada mendrugillo de pan o cosa semejante, que por el suelo topaba.

Rafael, cuando acabó de fumar arrojando la punta del cigarro a la pared de enfrente, exclamó con una voz llena de verdad, y tan fuerte que asustó a Luisa, y asustándola también, despertó a la patrona: — ¡Maldita de Dios sea mi suerte!

— ¡Alabado sea el nombre del Señor! — tartamudeó con voz soñolienta y desagradable la patrona, de tal modo, que a nadie sino a Dios podía lisonjear una alabanza articulada por tal hora, y prosiguió diciendo: — ¡vaya que tiene este caballero un modo de maldecir que ya me río yo!

— ¡Pobre Luisa mía! — dijo Rafael, contemplándola largo rato —. ¡Pobre Luisa mía! — repitió al fin con un acento salido de la íntimo de su corazón, y besándola en la frente, ya no rabioso, sino tierno, se separó de ella, yo creo que por no llorar como ella lloraba, y volvió a su paseo, aunque no ya con sus descomedidos pasos.

A esta sazón, llamaron a la puerta, salió la patrona a abrir, y a poco rato entraron en la habitación ella y un hombre embozado en una mediana capa azul, con embozo y cuello corto de terciopelo encarnado. «¡Caramba si hace frío!», dijo al entrar el recién venido, y acercando una silla a la copa, se sentó en ella, colocando con mucho cuidado sobre sus rodillas los dos extremos de la capa, que estaba ceñida a su cuello por unos corchetes de plata, de figura de leones coronados. Después de esto, desempaquetó sus manos de unos guantes no muy sucios, fuertísimos y anteados, frotóselas suavemente, aproximándolas al fuego, y por fin diciendo a Luisa:

— Luisita mía, yo siempre galante con las damas —, se quitó el sombrero y le dejó sobre la mesa —. Pero, ¿qué es esto? — prosiguió —, ¿ha llorado usted? ¡Voto va al chapiro verde! ¡que siempre hemos de estar así! Bien es que con ese hermano que Dios le ha dado a usted, que, en vez de alegrarla, no hace más que pasearse y fumar, necesitando él también consuelo, no es extraño que suceda esto. Vamos, Luisa mía, vamos, no hay que afligirse así; mire usted que las lágrimas ponen en remojo la cara y acaban con la hermosura. Ea, Rafaelito, venga usted acá, siéntese a la lumbre y fumemos mientras nos disponen la cena.

Hízolo así Rafael, y apretándole la mano le dijo:

— De veras, señor don Ramón, que cada vez le quiero a usted más.

No estaba mal colocado el cariño de Rafael, porque era don Ramón un hombre que con sus cincuenta y tantos años y su cara blanca, enjuta y arrugada, a la que prestaban aun más bondad unas patillas casi blancas como el pelo, convidaba a cualquiera a quererle a primera vista.

— Y hace usted bien en quererme así — le replicó don Ramón —, porque yo también les quiero a ustedes mucho. Pero, vamos a ver — prosiguió —, yo quisiera saber a qué vienen estas tristezas. Hoy hace ocho días que vinieron ustedes a vivir aquí; desde que somos compañeros de casa, maldito si les he visto a ustedes pasar un día sin lágrimas. Los primeros días les aseguro a ustedes que esto me daba rabia; como yo no los conocía a ustedes, no tenía confianza para decirles nada; pero ahora mismo maldito si sé a qué viene tanto lloro.

— ¡Si usted supiera qué desgraciados somos! — dijo Rafael.

— ¡Toma! — replicó el viejo! ¿Y qué tiene que ver el ser desgraciado con ser Horón? No digo yo que estén ustedes todo el día bailando, pero, hombre, estar como yo. ¿Pues qué, tan feliz soy? Y con todo, ¡qué diablo! vamos pasando. ¿Que son ustedes pobres? también lo soy yo, después de haber seguido la carrera de las armas y haber llegado en ella al grado de coronel. Es verdad que ustedes, al

parecer, están solos y sin amparo de parientes. Yo, en este punto, tengo aquí un hermano riquísimo que me da una peseta todos los días y me convida a comer un domingo sí y otro no. En eso tienen ustedes razón: no sé cómo se puede vivir en este mundo sin un hermano rico. Un hermano, un pariente cualquiera, son una gran cosa; por lo menos, si ellos son ricos y uno es pobre, puede pedirles limosna sin vergüenza.

Calló por un momento nuestro buen militar, se sonrió como quien suspira o suspiró como quien se sonríe, y prosiguió en tono de dulce represión:

—Vamos, vamos, señoritos, que no hay por qué suspirar tanto; la juventud es gran cosa, y aun rodeado de males, ella por sí es fuente de bienes y de esperanza. ¡Pobre de mí! Mi vejez es mala, y si pudiera tener espezanças, irían a parar o a la muerte o a la decrepitud, que es peor que las esperanzas y que la muerte. Además, yo he vivido bien en el mundo, y ahora vivo mal.

—También nosotros—dijo Rafael, con cierta expresión que más era de orgullo que de otra cosa, y como picado de que el buen viejo pudiera creer que ellos habían sido siempre pobres.

—Cenemos—, respondió Rafael, y después yo le contaré a usted lo que usted quiera, cuando se haya ido a dormir esa mujer, que para nada necesita saber quien soy yo.

—Recelo de niño—, dijo don Ramón.

—No es sino orgullo de una especie muy rara.

—Pues a ese orgullo, de una especie muy rara, es a lo que yo llamo recelo de niño, porque sólo le tienen los desgraciados principiantes, que todos son poderosos, orgullosos, o lo que usted quiera, con la gente más *baja* que ellos: pero viene un tiempo, amigo mío, en que la desgracia toma cierto carácter cínico y franco, y entonces el desgraciado que ha tenido, esto que llamamos *clase*, se olvida de ella, y se le da tres pitos de que sepan su desgracia todos los hombres del mundo, más altos o más bajos que él.

Al oír estas palabras, que salían de los labios de don Ramón con cierta tranquilidad amarga, sonrojóse ligeramente el rostro aristocrático de Luisa, pero nadie lo notó, y como entonces entraba la vieja Petra, dió otro giro Rafael a la conversación, que no fué muy viva, porque comían todos con bastante apetito. Acabaron por fin de cenar, separaron la mesa, dejando libre la copa, y sentáronse los tres a su derredor, escarbaron el fuego con una llave vieja, que servía de paleta. Encendieron don Ramón y Rafael sus cigarros y se pusieron a fumar, y después que la patrona recogió todos los chismes de la mesa, y trajo dos velones, a manera de candiles, apagados, les preguntó si querían algo, y dárdoles las buenas noches, se fué por la cocina a su camaranchón—; pues señor—, dijo Rafael—, mucho siento tener que recordar tiempos mejores, pero, ¡qué diablo!—yo tengo la culpa de todo, y bien merezco no tenerme lástima a mí mismo—. ¡Pobre Luisa! Por tí sola estoy afligido: ¡te he envuelto en mi desgracia!

—No, Rafael, no; si yo no hubiera querido seguirte, no lo hubiera hecho; no estás triste por mí, yo te quiero lo mismo ahora que antes. ¡Ingrato! ¿crees que puedo yo culparte de nada? ¿No crees en mi cariño que te disculpa de todo?

—¡Luisa mía! yo...

—A un lado todo eso, señorito: créanme ustedes: si empiezan a echarse culpas y descargarse de culpas, de palabra en palabra, se enternecen ustedes, y empezarán a llorar y hacer otras tonterías.

Había en estas palabras, bruscas, al parecer, cierto cariño candoroso y paternal, que aunque los lectores lo tomen a broma, suavizó un poco la situación de Rafael y de Luisa, infundiéndoles el buen viejo, cierta energía, que les hizo suspender el fierísimo diálogo, que sin duda ninguna empezaba así, para concluir en lo que él llamaba llorar y hacer otras tonterías.

—Conque vamos, Rafaelito, a nuestro cuento.

—Nosotros, señor don Ramón, somos de un pueblo de Andalucía; nuestro padre, era de Asturias, y habiendo sido militar en la guerra de la Independencia, cayó prisionero, y después de haber estado en Francia algunos años, volvió ca-

sado con una francesa noble y rica, a recoger la herencia de su padre, cuando éste murió; su madre había muerto hacía ya mucho tiempo, y no tenía en su país ningún pariente. Redujo a dinero todos sus bienes, y volvióse con su mujer a Francia, donde estuvo hasta que murieron nuestros abuelos maternos, y muerto también un hijo que allí había tenido, disgustóse del país, y como mi padre no tenía allí más que parientes lejanos, se volvió con ella a España y se estableció en Andalucía, en un pueblo no muy grande, pero colocado en una deliciosísima posición. Allí nacimos nosotros, y allí hemos vivido hasta hace muy poco tiempo. Mi padre que había sido militar, más que por afición a esta carrera, por la honrosa obligación de defender su patria, en vez de entretenerse ahora en la caza y otros ejercicios semejantes, que son el recurso de los militares viejos, se dedicaba en el retiro del pueblo en que vivíamos, al estudio de las ciencias físicas. Tenía una mediana biblioteca y un buen provisto gabinete de historia natural. Mi madre era una angelical mujer, que debía haber sido en su juventud muy bonita, y que conservaba aún cierta belleza delicada. Había recibido una esmeradísima educación, y las distracciones que la música y la pintura la proporcionaban, unidas al mucho amor que a mi padre y a nosotros nos tenía, la compensaban del aislamiento en que pasaba su vida.

Mi padre dejó que mi madre educara a Luisa como mejor quisiera, y él se encargó de educarme a su modo. Me hizo estudiar una porción de cosas, y yo aunque holgazán, era sin duda el muchacho mejor educado que había en muchas leguas a la redonda. Mi hermana al lado de mi madre, de día en día adelantaba prodigiosamente en todo lo que puede adornar y embellecer a una mujer; tendría yo unos diez y siete años cuando mi padre tuvo que hacer un viaje a París, y me llevó consigo. El tiempo que duró este viaje ha sido el más feliz de toda mi vida, porque mi padre, condescendiente conmigo, me daba bastante libertad, para que yo, como él decía, fuera conociendo el mundo. Yo no dejé de aprovecharme y de hacer por mi parte todo lo posible para conocerle. Mi padre me decía que tenía un gran defecto, que era la irreflexión, y yo creo que no se equivocaba. Volvimos al fin, de nuestro viaje. Yo no podía acostumbrarme a mi primera vida, y estaba disgustado de todo hasta el punto de que muchas veces se me pasó por la imaginación el suicidio.

Yo hubiera querido mejor escaparme de casa y marcharme a cualquiera parte, pero a esto se oponía más que el amor, la compasión que yo tenía a mi padre, que estaba tristísimo, porque de resultas del negocio que le había llevado a París, había perdido una enorme suma de dinero. En este estado estaba yo cuando murió mi madre. La tristeza que me causó su muerte, me hizo olvidar mis inquietos deseos.

Vivimos así tristemente una porción de tiempo, hasta que esta tristeza vino a unirse otra de otro género, pero grande también. Un día que volvíamos a nuestra casa después de haber estado dos en el campo, hallamos la puerta cerrada: en vano nos cansamos en llamar; no había nadie dentro; por fin, se descerrajó la puerta y entramos. Los criados habían desaparecido: corrí mi padre al momento a su cuarto y halló abierta una puertecilla imperceptible que en un tabique había.

—¡Os han robado la vida, pobres hijos míos!—exclamó abrazándonos convulsivamente.

No quiero acordarme de lo que entonces padeció mi padre.

Nosotros olvidamos por él todo lo demás, y al fin logramos que no le matara el dolor que por nosotros sentía.

—Un criado antiguo de mi padre, que le había servido lo menos veinte años y que tenía más de sesenta, sabía el secreto para que donde tenía mi padre todo su dinero; éste fué el que haciendo cómplices suyos a todos los demás criados, nos robó y huyó con ellos donde hasta ahora nadie los ha hallado. Mi padre, yo no sé por qué, tenía el capricho de que el mejor caudal es el que consiste en dinero corriente; todo el suyo estaba encerrado en una arquita de hierro, que creía suficientemente guardada, porque no era avaro, en un nicho sigilosamente cerrado

y cuya puerta estaba blanqueada como lo restante de la pared. Yo no sé cómo sabía el secreto el infame viejo, que, para decir verdad, quitada esta falta, no había cometido otra mientras había estado en casa, distinguiéndose por el amor que nos tenía y por su religiosa fidelidad.

—Tentóle el diablo sin duda—dijo don Ramón.

Pero volvamos a Rafael, que seguía diciendo. Desde este maldito día no volvimos a tener uno solo bueno. Mi padre, yo no sé si se hizo más áspero de carácter o si a mí sólo me lo parecía, porque desde entonces empezó a hablarme todos los días acerca de la necesidad en que yo estaba de dedicarme a algo. Como hasta entonces no había entrado en mis cuentas, la de que algún día tendría que trabajar para sostenerme, no era de esto de lo que con más gusto hablaba con mi padre, que se desesperaba al ver mis pocos ánimos, y se echaba a sí mismo la culpa de no haberme destinado a ninguna carrera fija. Al fin, ayudado por sus consejos, y más que por nada, por la crítica posición en que nos hallábamos, porque ya estábamos manteniéndonos con el dinero a que se habían reducido todos los muebles de lujo y alhajas que en mi casa había, hubiera yo, sin duda ninguna, dedicádome a trabajar; pero a esta sazón, mi padre cayó enfermo. Durante la enfermedad, que fué larga y peligrosa, no se pensó en nada, sino en su vida. Cuando se levantó de la cama, donde había padecido tanto moral como físicamente, estaba mi pobre padre completamente enajenado y había caído en un estado de imbecilidad en que ni tenía memoria, ni aun conciencia de vida.

Luisa lloraba, ahogando los suspiros dentro de su pecho. Rafael procuraba separar los ojos de ella, y hablaba con cierta valentía, queriéndose hacer superior a la amargura de sus recuerdos.

—En esta situación—prosiguió—pasó un porción de tiempo, en el cual, como mi padre estaba reducido al estado de un niño, fuí yo el jefe de la familia. Cada día pensaba mil veces en tomar una resolución y ver el modo de asegurar nuestra vida; pero, a decir verdad, nunca lo pensé seriamente, porque nunca, por más que he querido, he pensado seriamente en nada, ni he podido concebir cómo el porvenir puede labrarse en el presente. Así, pues, día tras día se pasaron todos los que me podían haber servido para arreglar mi vida. A este tiempo ya se había vendido la casa en que vivíamos.

—Mi padre murió—siguió diciendo Rafael—sin que yo me hubiera determinado a nada, y nos quedamos Luisa y yo solos en el mundo. Pasamos dos o tres meses en la mayor tristeza, y aunque muchas veces nos parecía mentira que nuestro padre había muerto, su sitio vacío en la mesa y otra porción de tristes verdades, venían a desgarrarnos el corazón, y entonces llorábamos juntos al principio, y después, cuando ya el tiempo iba cicatrizando nuestra herida, no llorábamos, pero sentíamos un amor tan grande a la muerte, que era lo que únicamente podía reunirnos con nuestros padres, y una especie de imposibilidad de vivir sin ellos, que yo no sé cómo ni por qué no nos perdonó entonces la vida los crueles martirios que nos daba. Todavía no puedo yo concebir cómo un hijo no muere al mismo tiempo que su padre. Siempre que pienso en esto, caigo en una especie de enajenación, en que no sé ni qué soy yo, ni qué es este mundo, ni qué es el otro, ni qué es Dios; al fin, no sé sino que padezco horriblemente y que hay en mí tal impotencia y debilidad, que si alguno me atormentase así, con voluntad de atormentarme, tendría que ser cruel y bárbaro y cobarde y...

—¡Ea!—dijo don Ramón, que veía que los ojos de Rafael se iban animando con una energía amenazadora—, sígame usted contando su historia. ¿Qué hizo usted después que murió su padre?

—Después—dijo Rafael, a quien esta ligera interrupción había cortado el revésino—, después que pasó este tiempo, un día, después de muchos que habían pasado lloviendo, amaneció tan claro, tan hermoso, el sol bañaba con una luz tan alegre los verdes campos cercanos y las azules crestas de las montañas que se perdían en el horizonte, que estando yo asomado al balcón de mi cuarto, empecé a respirar, envuelto con el aire suave y aromático que besaba las más delicadas flores del jardín, sin moverlas apenas, una alegría, una confianza en mí mismo,

una cosa, en fin, que no sé lo que era, que se apoderó de mí, y llenándome de esperanzas vagas, me hizo concebir la idea de entregarme a la suerte. Ese sol, ese aire, ese cielo, todos estos pensamientos, más hermosos aún que el sol, el aire y el cielo, ¿no son míos?, me decía yo a mí mismo. ¿La suerte podrá menos, de ser madre amorosa de quien tanto y tan inocentemente goza? Yo he nacido para ser feliz, mi felicidad no está aquí, ¡corramos en pos de ella!

La consecuencia que yo saqué de esta felicidad, que me había hecho sentir la hermosura de la naturaleza y de la soledad; porque desde mi balcón tenía a la vista un tranquilo y solitario campo; la consecuencia que yo saqué, sin que después haya podido adivinar el por qué, cuándo he pensado en ese día, fué que la ventura mía estaba en la sociedad y en el tumulto. Fija ya esta idea en mi imaginación, no me costó mucho trabajo convencer a Luisa de que era buena. La hablaba yo con un convencimiento tan íntimo, con una verdad tan grande, que logré inspirarla mi misma confianza y consintió en acompañarme a Madrid, desde donde la decía yo iríamos a visitar otros países, porque yo así lo creía, aunque no sabía el cómo. No teníamos nadie que nos estorbara o que nos aconsejara, que entonces hubiera sido lo mismo; por consiguiente, en muy poco tiempo estuvimos en disposición de emprender nuestro viaje. Vendimos los muebles que nos quedaban y entre el dinero que nos produjeron y el que teníamos, vinimos a reunir unos mil duros. Desde luego nos pareció poco dinero, pero el bastante, según mis cuentas, para lo que necesitábamos.

Teníamos también una casuca con una huertecilla, pero no la quisimos vender y se la dimos a una pobre mujer que la habitaba, que era viuda y tenía una porción de hijos. Aquello no valía más que cuatro o cinco mil reales, pero era para la pobre mujer la felicidad de toda la vida, y a nosotros nos aumentaba bien poco el caudal. No hay dinero en el mundo que pague la sensación que experimentamos al ver las lágrimas de agradecimiento que derramaba aquella pobre gente. Desde el umbral de esta casa montamos en nuestro carruaje, porque no quisimos dar esta buena nueva a aquellos pobres hasta el último momento. En esto hubo en mí cierta especie de superstición, porque creía yo que la bendición de aquella familia, en el principio de nuestro viaje, era de buen agüero y valía tanto, por lo menos, como una bendición papal. Llegamos, después de un corto viaje, a Madrid, y aquí ha sido donde yo he aprendido que las bendiciones no sirven de nada, si no van acompañadas de otras muchas cosas. Los primeros días no dejó de ocurrírseme algunas veces que nada tenía de bueno nuestra posición, pero esto sólo se me ha ocurrido en dos temporadas de nuestra estancia aquí: al principio, en que la falta de relaciones me hacía considerar, temblando nuestro aislamiento, y ahora, al último, cuando he visto que todas las relaciones contraídas no se oponen de ninguna manera a que uno pueda estar aislado tanto como guste. Ya me cansaba yo de estar solo en medio de tanta gente, cuando a los cuatro ó seis días de nuestra llegada encontré, afortunadamente, a un teniente coronel, muchacho de excelente carácter, que había parado, en una de sus expediciones, quince días en nuestro pueblo, donde nos habíamos hecho muy amigos. Uno y otro nos alegramos mucho de encontrarnos, y desde aquel día empezó para mí una vida nueva. Tenía mi amigo más de trescientos duros y bien pronto tuve yo otros tantos. Entonces ya no me acordé de otra cosa sino de divertirme, y aunque no me olvidaba de nuestra crítica posición, sin embargo, siempre que esta idea me venía a las mientes, me decía yo a mí mismo: ya destinaré yo un rato a pensar seriamente en esto, y lo que es seriamente nunca llegué a pensar. Luisa me preguntaba muchas veces qué tal iban mis asuntos, y yo la respondía que perfectamente, y se lo probaba, contándole una por una todas las carreras que un hombre de mi talento podía emprender cuando le diera la gana. Mucho me quitaron el tiempo para pensar en otra cosa unos amores que tuve y que todavía tengo con una hermosísima mujer, de quien me enamoré—¡me acordaré toda mi vida!—la primera tarde que fuimos a pasear al Prado. Lo primero que hice, así que tuve amigos, fué buscar uno que me llevara a casa de mi querida, que vive con una tía suya, porque han muerto sus padres. No se pasaron cuatro

días, cuando ya ~~no~~ quedamos los dos con todo el amor que hay en el mundo, ¡con un amor!...

Calló aquí Rafael y estuvo largo rato embebido en sus pensamientos. En medio de toda la ligereza, yo tengo para mí que aquel muchacho había de amar con todo su corazón y que el pobre padeció con el recuerdo de sus amores lo que sólo sabe el que haya padecido de este achaque. Yo no sé si he padecido, y me guardaré muy bien de decir una palabra de lo que yo me figuro que sentiría Rafael, temeroso de descubrir la mucha frialdad o el mucho calor de mi corazón o mi poca experiencia.

Después de haber suspirado profundamente, siguió diciendo Rafael:

—Me amaba Inés, y su tía me quería mucho y se divertía oyéndome hablar. En su casa pasaba yo las noches cuando no iban a otras sociedades o al teatro. Estas últimas íbamos también al teatro Luisa y yo. Las otras noches andaba yo por ahí de salón en salón detrás de Inés, y la pobre Luisa se quedaba en casa, porque para presentarla en sociedad aguardaba yo a tener coche y una casa donde pudiera mi hermana recibir las aristocráticas visitas de mis amables amigas. Esta fué mi vida durante algún tiempo, pero no duró mucho, porque empecé a hacerme sentir la necesidad de dinero y entonces fué cuando traté de veras de hacer algo; pero yo, con mi carácter orgulloso, a nadie dije mi verdadera posición y eran además mis pretensiones algo elevadas para que pudiera conseguir pronto lo que deseaba. En esto, cayó mi hermana gravemente enferma y crecieron mis apuros de una manera que me vi presado a vender todas nuestras alhajas, que valían bien poco, a los quince días de su enfermedad, porque se había ya concluido nuestro dinero. La enfermedad hacia cada día nuevos progresos, y como yo no perdonaba gasto ninguno, bien pronto vi que nos íbamos a ver otra vez sin un cuarto. Creo que no necesito decirle a usted los dolores que entonces pasé y los arrebatos de desesperación que bajo mil formas me acometieron. Yo fui entonces un loco, y en vez de acudir a alguno de mis amigos, que acaso hubiera partido conmigo su caudal, legado por mi orgullo, me decidí a todo antes que pedir a nadie un ochavo.

Desde un principio había dicho a todos mis amigos que no fueran a mi casa hasta que tomara una, en la que mi habitación estuviera absolutamente independiente de la de mi hermana; por consiguiente, durante la enfermedad de Luisa, nadie fué a vernos, y yo estaba enteramente separado de todo el mundo, menos de Inés, a quien solía ver alguna que otra noche. En fin, aún no estaba Luisa en estado de levantarse de la cama, cuando se nos acabó el dinero; entonces, lo primero que se me ocurrió fué vender casi toda nuestra ropa. Yo me quedé con esta levita que tengo puesta y mi hermana con dos vestidillos miserables. A mí ya se me iba acostumbrando el corazón a penas y, por consiguiente, aunque nuestro estado no podía ser peor, tenía la energía suficiente para esperar que se mejorara, aunque sin saber a punto fijo cómo.

Mi hermana se puso, por fin, buena, pero a este tiempo iba en horrible decadencia nuestro pobre bolsillo, en el que se encerraban nueve onzas. Fuése disminuyendo este caudal, hasta que llegó un día en que, pagada la casa, pesaba nuestra fortuna, sin contar con la preciosa bolsita en que estaba metida, entre una onza de oro y ocho de plata, las mismas nueve onzas que antes, pero con alguna diferencia de su valor. Yo no había dejado de tener voluntad de dar algunos pasos; pero como cuando vendí la ropa no había vendido con ella los lujosos atavíos de mi alma, que entonces era más orgullosa que nunca, sentía una invencible repugnancia a presentarme mal vestido, porque esta levita era la peor de mi baúl y esto me hacía casi hasta huir de mis amigos, entre los cuales, los que podían servirme, que no eran muy íntimos, tenían mucho en qué pensar para acordarse de mí, a menos que yo mismo no les obligara a ello, siendo acaso imprudente. Al fin, ni yo era grande amigo de nadie, ni nadie era grande amigo mío.

Tanto me ataba la pobreza de mi equipaje, que apenas veía a Inés, con quien me disculpaba como mejor podía, alguna noche que haciendo un gran esfuerzo

obre mí mismo, iba a su casa. Ella padecía con esto muchísimo, pero yo padecía mucho más.

Al fin, para acabar pronto, un día que Luisa y yo estuvimos hablando largo rato acerca de nuestra posición, viendo que si estábamos así sin hacer nada, no sólo se nos iba a acabar el dinero, sino que íbamos a endeudarnos en la casa en que vivíamos, que nos costaba mucho, determinamos buscar una casa en un barrio cualquiera, que fuera malo, con lo que conseguiríamos no vivir en Madrid hasta que la suerte mejorara, y vivir muy barato, y cuanto más barato mejor, porque no teníamos más que veinticuatro duros, y esta era toda nuestra vida. Entonces, yo que he adquirido cierto valor con tan repetidas desgracias, busqué casa y encontré ésta, donde según mi ajuste, podemos vivir sin temor de deudas, a las que temo yo más que a la muerte y más que a Dios y más que al diablo, unos tres meses. Antes de venir aquí, me despedí de Inés y de su tía, diciendo que asuntos de familia me llevaban a mi país por una temporada. Aquella noche ha sido una de las más felices de mi vida, al mismo tiempo que de las más penosas. Llena de pesadumbre Inés y ansiosa de despedirme sin la fría y atormentadora indiferencia que delante de su tía tenía que fingir, halló medio, sin que nadie lo notara, de darme un billete y en él una cita para aquella misma noche. Nos despedimos los Jos tiernísimamente y jurándonos una y mil veces un eterno amor.

—¡Desgraciado de mí, que acaso tendré que renunciar a él para siempre!

Calló Rafael, y encendiendo un cigarro se puso a fumar, aparentando mucha tranquilidad y sangre fría. Don Ramón, con una sonrisa entre áspera y cariñosa, dijo entonces.

—¡Cuidado, amiguito mío, si ha hecho usted disparates y tonterías! Si no viera en usted una porción de cosas que me prueban lo contrario, creería que era un loco rematado. Y dígame usted, ¿A qué ha venido esa despedida y ese viaje supuesto?

—Eso lo he hecho—respondió Rafael—porque no he hallado otro medio de ocultar mi verdadero estado. Ahora pienso estar encerrado en casa, hasta ver si la suerte se enmienda.

—¿Y hace usted ánimo ahora también, de aguardar a que la suerte venga sin llamarla siquiera?

—No señor, estoy ya corregido; ahora voy a trabajar, voy a traducir del inglés algunas obras, y me parece imposible, según el mérito que ellas tienen, que no me produzcan lo suficiente para salir poco a poco de aquí, y una vez fuera, cosas he aprendido que no se me olvidarán y que me servirán de mucho.

—Hágalo Dios—dijo Don Ramón—, y en estas y otras palabras estuvieron largo rato entretenidos, hablando de los sucesos que había contado Rafael, hasta que cada uno se fué a su cuarto, don Ramón a dormir y los dos hermanos a padecer despiertos, o a soñar padecimientos, dormidos, que es casi lo mismo.

V

Cuatro o seis días después de la noche en que Rafael contó su historia a don Ramón, entró éste un día muy contento en casa, fuese derecho al cuarto de Rafael, y le dijo:

—Amiguito mío; que el diablo me lleve si antes de muy poco tiempo no es usted feliz.

—¿Pues qué hay?—dijo Rafael con una expresión de anhelo infantil, dejando la pluma en el tintero y levantándose de la mesa en que el pobre estaba traduciendo.

—¿Qué ha de haber?—respondió don Ramón—nada, sino que se me ha ocurrido un medio por el cual puede usted salir de esta situación.

—No le veo—, dijo Rafael perdiendo toda su alegría, al oír que no había nada de positivo, sino un medio de salir de su situación, es decir, una esperanza. La esperanza ya era una cosa, que desde que había visto tantas burladas, le causaba más dolor que placer, y si hubiera podido hacer, aun cuando hubiera sido con sangre suya, una esperanza material y sensible, la hubiera hecho para tener el placer de patearla y escupirla.

—Pues yo si le veo—, dijo don Ramón—. Ante todas cosas, dígame usted, Rafael. ¿Está usted seguro del cariño de Inés?

—¿Y qué tiene que ver Inés, ni su cariño, con mis desgracias? ¡Ah! ese mismo cariño es la mayor de todas ellas... mi corazón...

—Vamos, dejémonos de corazones; responda usted a mi pregunta. ¿Está usted seguro del cariño de Inés?

—Sí, señor, bien, ¿y qué?

—Vamos por partes. ¿Y dígame usted; si usted quisiera casarse con ella, ¿se casaría con usted?

Quedóse un rato suspenso Rafael, y por fin dijo:

—Hasta ahora no se me había ocurrido a mí otra cosa más que amarla.

—Nada tiene eso de particular, porque a usted no se le ha ocurrido nada bueno en toda su vida; pero ahora que se me ha ocurrido a mí, dígame usted, ¿se casaría usted con ella?

—Eso es imposible, señor don Ramón.

—Pero si fuera posible, ¿se casaría usted con ella?

—Yo la quiero con todo mi corazón...

—Pues bien, ahora es necesario que la quiera usted también con la cabeza, y trate usted con mucho juicio de casarse con ella. ¿Ella es rica, no es verdad?

—¡Señor don Ramón! eso es indigno de mí; yo jamás...

—Pues señor don Rafael, quedé usted con Dios, y puesto que es usted un niño incorregible y empeñado en ver otro mundo del que hay, con su pan se lo coma, y no vuelva usted a fastidiarme con sus quejas.

Hizo un movimiento para marcharse don Ramón, y Rafael le detuvo diciéndole:

—¿Pero no conoce usted que por más que yo quisiera seguir su consejo, me es absolutamente imposible en mi estado actual.

—¿Y cual es ese estado, criatura?—le dijo con cariño don Ramón.

—¿Cual es?—respondió Rafael, echándose a sí mismo una ojeada—, mi estado actual es este: el de no tener más que este traje; el de no tener nada de lo necesario para salir de casa, como no sea por la noche, y aun así hay momentos en que al ver mi sombra, se me enciende la cara de vergüenza, bajo el embozo sucio de mi capa raída. ¡Mi estado actual es éste! ¡éste! ¡éste! el de estar desesperado cuando no me olvido de él; el de estar desesperado ahora que usted me lo recuerda. ¿Y quiere usted que así vuelva a ver a Inés? ¿Quiere usted que así la pida en matrimonio, para que me den en lugar de eso una limosna, y tenga yo que aceptarla, porque a eso voy, a pedir una limosna, y nada más que a pedir una limosna! Nunca, nunca lo haré; no puedo hacerlo; mi corazón que la adora, es un corazón bueno, generoso; un corazón que me haría seguirla si ella fuera desgraciada, pasando por todas las miserias de la vida; pero un corazón que jamás la seguirá en su felicidad, a costa de tener que olvidar sus sentimientos purísimos, para acordarse ni por un momento de la más despreciable de todas las cosas, de la riqueza!

—Usted es un niño que se exalta por cualquier cosa—le dijo don Ramón, con cierta serenidad desdeñosa—. Nada de todo eso que está usted ahí diciendo, viene al caso, y estoy ya tan lejos de aconsejarle a usted eso, que por el contrario, sólo en gracia a los sentimientos nobles que usted ha manifestado, le perdono la ofensa que me ha hecho, suponiendo en mí ideas, que ni joven, ni viejo he tenido, ni tengo, ni tendré jamás. Pero dejemos esto que ha sido en usted un olvido de que yo soy también un caballero, y hablemos sin acalorarnos.

—Señor don Ramón—, le dijo Rafael que había escuchado con una satisfac-

ción indecible las sosegadas palabras del buen militar—, nunca he creído yo que usted pudiera aconsejarme nada indigno de usted; mis palabras iban dirigidas a mí mismo, a mi mala suerte, y quisiera poderle a usted probar en lo que le estimo, para...

—Ea, dejemos eso—, dijo don Ramón, volviéndose a su estado de calma benigna y apretando la mano de Rafael—. Usted es un joven buenò, noble, todo lo que usted quiera, pero tiene usted un defecto, y es que por falta de experiencia, no mira usted por todos sus lados las cosas, antes de juzgarlas, buenas o malas. En este caso estamos ahora precisamente. Lo que yo le he propuesto a usted, tomado como usted lo ha tomado, es todo lo malo que puede ser, pero hay otros lados por donde mirarlo, por los cuales no se presenta con tan sucio aspecto. Escúcheme usted y verá cómo tengo razón. El amor que usted tiene a Inés, es generoso, es grande. Si usted no la quisiera, entonces habría baja en casarse con su dinero, pero amándola de todo corazón, ¿tiene usted más que no acordarse de nada, sino de su amor? Dígame usted, ¿si usted fuera rico y ella pobre, no se casaría usted con ella?

—¡Mil veces!—respondió Rafael con entusiasmo.

—Pues entonces—prosiguió don Ramón—¿dónde está la baja?

—Pero bien—dijo Rafael mordiéndose las uñas—aún cuando mis sentimientos sean los más nobles, en el estado en que estoy ¿no tendrá razón el mundo para desconocer mi pureza?

—Del mundo, querido mío, espere usted de todas maneras mil injusticias, y haga usted todo lo posible por no ser pobre, porque sino, no solamente será con usted injusto, sino que añadirá a su injusticia la crueldad más refinada.

—Al fin, señor don Ramón—dijo Rafael, como queriendo terminar la conversación—hay además de todo esto una razón que será pequeña y todo lo que usted quiera, pero que me sujeta y que me forzaría a renunciar a todas las felicidades del mundo. Antes de presentarme yo a Inés con esta facha, me dejaría ahorcar cien veces. Para llevar amor a una mujer, es necesario que vaya rodeado de ricas telas, elegantemente perfiladas, y envuelto en una nube de delicadísimas esencias; pero así como yo estoy, lo que se inspira a una mujer es desprecio y nada más que desprecio, porque no estoy bastante destrozado para inspirar compasión.

—Yo quiero—dijo don Ramón—que sea verdad lo que usted dice, que también puede ser mentira; pero dígame usted: ¿y si pudiera llevar su amor envuelto en todas esas zarandajas?

—Eso es imposible.

—Pues no hay nada más fácil.

—Oígame usted. Si yo tuviera dinero, desde luego se lo daría a usted, pero no lo tengo, y lo único que puedo darle es buenos consejos, y un medio que se me ha ocurrido para salir de todas estas dificultades. Pues señor, al pasar hoy por una calle, ví que se apeaban de un lindísimo landó, una lindísima mujer y un barbarote de un muchacho de unos veintiseis años, más feo que Picio, y más noble que los lacayos. Desde luego me chocó el contraste que hacían con las delicadas formas de la mujer los abultados y torpes miembros del hombre, que iba echando a peder con su sudor, un riquísimo traje que perdía toda la elegancia de su forma, sintetizando los desvelos del desventurado sastre, al caer sobre el mal de antisocial de aquel zoquete. Figuréme que aquella desigual pareja serían marido y mujer, y siguiendo mi camino, iba pensando en una porción de cosas concernientes al matrimonio y al amor, y a la brutalidad y a la fealdad que va en coche con la elegancia y con la hermosura. Como siempre que pienso en el trastorno de la sociedad, me acuerdo de ustedes, desde que sé su historia, se me vinieron al momento a la imaginación ahora también sus aventuras. Empecé comparando la figura de aquel bruto con la de usted, y de aquí fui sacando consecuencias, hasta que vine a parar en la consideración de que llevándole usted a aquel bárbaro feliz, todas las ventajas que puede llevar un arcángel a una rana, estaba usted sin embargo condenado a envidiar su coche, su mujer y sus galas,

¿Es posible, me decía yo a mí mismo, que mientras el pobre Rafael está metido en casa muriendo de fastidio y de inacción, ande por ahí un bárbaro como este, autorizado con su frac para parecer caballero? Esta idea del frac, me trajo a la memoria el amor que usted tiene al lujo, y el odio con que mira a esa desgraciada levita. Y en verdad que el mayor disparate que usted ha hecho ha sido vender toda la ropa.

—Cuando la vendí—dijo Rafael—mi único pensamiento era el dinero, y aunque después conocí que la ropa es poco menos necesaria para andar por el mundo que las piernas, y pude haber mandado hacer más al mismo sastre que me había hecho aquella con quien ya tenía y derecho para contraer una deuda, por haberle hasta allí pagado puntualmente; sin embargo, no lo hice, por temor a las trampas que son cosa opuesta a mi carácter. Pero volviendo a nuestro asunto: a la verdad que no sé en qué puede venir a parar todo eso que usted me cuenta.

—Pero yo tengo esperanzas de que hemos de lograr nuestro objeto. No hay más que hacer sino ponerse muy majo, y con esto y con lo que su desgracia, que es gran maestra, le pueda haber a usted enseñado, aprovechar el tiempo y no dejar que la cabeza se vaya a pájaros, sino sujetarla a que piense en una sola cosa y obligarla a que a aplique toda la energía que pierde en una porción de pensamientos vagos y aéreos y un objeto macizo, con su correspondiente latitud, longitud y profundidad, capaz, por consiguiente, de peso y medida, como lo es el matrimonio, que es en lo que yo quiero que piense usted ahora. Para esto, hay la fortuna de que ni aun tiene usted que acudir a su antiguo sastre, que puede que por no mandarle hacer nada sin poderle pagar a tocateja, fuera usted todavía tan niño y tan pobre hombre que anduviera dudando, sin pensar de que al bienestar de un hombre como usted pueden sacrificarse sin remordimientos de conciencia, de veinte a veintidós mil quinientos sastres, con todas sus familias, herederos y sucesores.

Don Ramón siguió diciendo así:

—Afortunadamente tengo yo un amigo, a quien nunca hubiera conocido acaso, si mi desgracia no me hubiera traído a vivir a este zaquizami, y éste justamente es el que nos ha de servir más que todos los amigos que hemos usted y yo tenido en nuestros buenos tiempos. En el piso principal de esta casa, vive un buen viejo, con quien yo he contraído casi intimidad de resultados de ser vecinos,

Es un buen hombre que ha sido sastre, y que cuando se ha hecho rico ha dejado el taller a un hijo suyo, y él se ha retirado a vivir independiente con su buena mujer, a esta casa, que es suya, donde están los dos tan a sus anchas y tan contentos como nosotros en un palacio. Yo con mis tres galones y todo, les he hecho alguna noche la tertulia, y me he sentado a su brasero, que por señas es mejor que el nuestro.

Son unos buenos viejos, muy honrados, muy temerosos de Dios, y yo le aseguro a usted que he pasado muy buenos ratos en su salita abrigada y adornada con sus escaparates del niño Jesús y de la divina Patrona, en los rincones, con su mesita de nogal, con embutidos, en medio; con su reloj de pared, sin caja, y con su sofá y sus sillas antiguas de damasco encarnado. Algunas veces les he envidiado en medio de la paz que allí reinaba, y sólo me he consolado con el pensamiento de que los tres éramos tres pobres viejos. Pues, señor, con estos viejos, por la parte que tengo de viejo, he hecho tan buenas migas, que todos tres nos queremos como buenos amigos. El señor Lucas y la señora Josefa, tienen casi su vanidad en ser amigos del señor coronel don Ramón, que es para ellos un hombre muy llano, y el señor coronel don Ramón, les quiere también mucho y habla pacíficamente con ellos del bueno y del mal tiempo, de las cosas y de otras cosas así.

Los niños y los viejos se hacen muy pronto amigos; los unos empiezan la vida y buscan con quien pasarla, los otros la acaban y se reúnen fácilmente, como buenos compañeros de viaje. A mi buen amigo el señor Lucas, pienso recurrir ahora y estoy seguro de que me servirá. Haré que hable a su hijo, que es uno de los mejores sastres de Madrid y se hará usted toda la ropa que necesite, al fiado,

Como tengo tanta confianza en que esto ha de producir buenos resultados, yo salgo por fiador con el señor Lucas de que usted pagará a su hijo fiel y religiosamente, cuando tenga dinero. Yo inventaré cualquier historia y se la contaré para que usted no haga aquí el papel de pobre. Me parece, amigo mío, que no puede usted desear más. Entre todos los viejos de este mundo, puede que no haya tres que después de saber lo que usted ha hecho, comprendan tan bien como yo su carácter y su posición. Gran fortuna ha sido la de usted en dar conmigo, que puedo, con todos mis años, ponerme al nivel de usted y prestarle al mismo tiempo toda la experiencia y conocimiento del mundo que a usted le falta. Si usted, después de esto, quiere seguir mi consejo, yo le ofrezco a usted mi ayuda para guiarle en el asunto del matrimonio, en el caso de que haya obstáculos que vencer. En los matrimonios, después del amor, intervienen padres, parientes, tutores, escribanos, curas, sacristanes y monaguilos. Usted sólo tiene que entenderse con el amor, que es de lo que puede saber algo, de la otra parte positiva sé yo más, y si fuese necesario, le ayudaré a usted a burlarse de ella, con mis buenos consejos de viejo corrido.

Con atención había escuchado Rafael lo que el buen coronel le había dicho, y hallando en todo ello un fondo de verdad y un cariño grandísimo de parte de quien tanto había pensado en su provecho, por convicción y por agradecimiento, adoptó el plan de don Ramón y se propuso salir con sus esperanzas cuerdas del estado a que le trajeron sus esperanzas locas.

Llamóles a esta sazón para comer Luisa, que tenía la pobre los ojos hinchados de trabajar.

¡Desgraciados cuanto hermosos ojos negros! ¡vosotros habíais nacido para ser agitados tan sólo por el placer o por el dolor!

VI

No había pasado mucho tiempo, aunque sí con el irritante paso de la tortuga para Rafael, desde que le dejamos, cuando un día, a eso de la una de la mañana, estaba muy afanado al espejo, viendo el modo más elegante de juntar en un lazo las dos puntas de su corbata. Pudo lograrlo al fin, y después de puesto un delicadísimo chaleco y un amable frac (1), quedó con su rica camisa de batista, porque lo que es de ropa blanca no había vendido un hilo, quedó nuestro Rafael que no había más que pedir, ni de nobleza, ni de elegancia, ni de nada. Apenas se hubo vestido, cuando salió de casa y dejó a su hermana leyendo, no trabajando, porque desde que habían empezado todas estas cosas, ni Rafael había vuelto a su fastidiosa traducción, ni había permitido que Luisa se echara a perder los ojos atareada en sus labores, a las que se dedicaba la pobre sin melindres, con cierta impaciencia y resignación de buen tono, pero que indudablemente la eran odiosísimos y la secaban el alma.

No dejó Rafael de notar suspirando el ridículo que había en salir tan elegante de una casa como aquella, siendo la tal casa la vivienda del elegante; pero bien pronto su disgusto se trocó en una visita jocosa y amarga, con la cual aceptaba este y otros muchos ridículos. Tomó con esta visita el camino, ¿qué camino había de tomar, sino el de la casa de Inés?

No fué poca la inesperada alegría que ésta tuvo al verle, comparable sólo con el profundo gozo que él experimentó.

Las mujeres no suelen tener gozos profundos; todas sus sensaciones de placer son pura alegría. Esto es lo que a mí me parece, porque lo que es de positivo

(1) En aquellos tiempos se iba de frac a las visitas de mañana. ¡Cuánto puede aprender, lector aplicado de novelistas de costumbre!

ni yo ni ningún hombre sabemos nada acerca de su parte moral. Quiero tanto a las mujeres, que no está en mis manos el dejar de analizarlas y descomponerlas, siempre que se me presente ocasión.

Alegróse, pues, ruestra niña, y mientras ella en su alegría no pensaba en otra cosa sino en mirar la bonita figura de Rafael, su tía le preguntaba la causa de su tan pronta vuelta, cómo estaba su hermana, a quien ella no conocía, y otra porción de cosas que en resumidas cuentas nada le importaban. Rafael, que ya había pensado en todas estas preguntas, fué colocando las respuestas que había imaginado en su lugar correspondiente, ensartando una tras otra una porción de mentiras, que era un cargo de conciencia, y entre ellas la de que había venido solo y que su hermana no vendría hasta después de uno o dos meses. Nada más hubo de particular en esta visita, si no se quiere que deje de ser general el que Rafael e Inés, aprovechando un momento en que la tía buscaba yo no sé qué cosa por la sala, se dieron un beso suavísimo y mudo.

Si algo de malo hay en esto, que yo creo que sí, preciso es decir que Rafael tuvo la culpa, porque la pobre Inés, cuando quiso recordar, ya tenía los labios del atrevido muchacho sobre los suyos y había soltado el beso.

Salió de allí Rafael lleno de esperanzas y completamente feliz de presente. Al volver a su casa, encontró a algunos amigos por las calles. Fué repitiendo a todos sus mentiras, y en cuanto a fatal secreto de su casa, sólo dijo que vivía en la de su compañero de viaje que tenía casa de huéspedes, pero que era muy mala y que se iba a mudar de un día a otro.

Mucho había aprendido Rafael en poco tiempo de desgracia. Yo tengo para mí, que si algo de cierto tiene eso que suele decirse, de que los hombres de ta lento son pobres, consiste en que todos los pobres son hombres de talento como quien tan en juego tiene siempre su imaginación para hallar recursos y expedientes de vida. Lo cierto es que Rafael que no había sido nunca tonto, era ahora discretísimo, y que durante una buena temporada en que se vió precisado a des-envolver cierto embrollón, para salir de una porción de apuros en que le ponía su situación, se portó como si toda su vida se hubiera visto en ello.

Cuando entró en su casa, le esperaba con impaciencia don Ramón para preguntarle lo que había sucedido. Le llamó Rafael a su cuarto, porque desde un principio, con la delicadeza de su carácter, no había querido que Luisa supiera ni una palabra de esta trapisonda, y allí le dijo todo lo que había pasado, incluso lo del beso, que tantas esperanzas le daba.

Es verdad que esto se lo dijo muy de paso, así como escapado, en medio de su entusiasmo amoroso; pero con todo, fué muy mal hecho, y harío será que no fuera malo, como amante, el carácter de Rafael.

Fuieron después a comer, y en la mesa, para engañar a Luisa, habló también Rafael de mil mentiras que ella acaso no creía, pero que la ocultaban la verdad.

En esto daba Rafael una prueba de respeto a su hermana, que le hace mucho favor, pues conocía que hay negocios que aunque nada de particular tienen para los hombres, no pueden ser explicados a las mujeres sin vulgarizarlas.

Aquella misma noche vió otra vez a Inés en una sociedad, donde Rafael se divirtió todo lo que podía divertirse, porque a pesar de que él se había decidido a cambiar de carácter en una porción de cosas, todavía, sin embargo, sentía de cuando en cuando sus punzadas de lo que don Ramón hubiera llamado tontería. Pero en fin, se divirtió, habló mucho, se vió hasta obsequiado por sus antiguas amigas, y no contribuyó esto poco a que Inés se manifestara más amorosa y a que, a pesar de todos los inconvenientes, que no son pocos para los pobres amantes delante de gente, tuvieran una conversación que había sido acaso la más positiva que hasta allí habían tenido. Toda la felicidad del amor le estaba entrando a cántaros a Rafael, por los oídos, por los ojos y por el olfato, y no por los otros sentidos, porque el gusto y el tacto son más exigentes y no se contentan ni con palabras ni con reflejos ni con aromas.

Mientras de tanta felicidad gozaba Rafael, es de suponer que el buen sastre,

que indudablemente se la había dado, estuviera *trin, trin, tris, tras* con sus tijeras, sin conciencia de lo que hacía ni de lo que podía hacer.

A todos los genios le sucede lo mismo.

Se acabó la fiesta, y volvió nuestro elegante y obsequiado Rafael a su pobre casa, costándole no poco trabajo escaparse a su rincón, contestando a algunos de los que con él salían, que le preguntaban:

—¿Dónde está la casa de usted? ¿Vamos por el mismo camino?

—No—decía Rafael—, no voy ahora a mi casa; voy...

—Pues...—le interrumpían—va usted por ahí; ¡amigo, feliz usted! ¡quién fuera como usted! ¿Y quien es ella, porque Inés no será? No, pues yo le voy a seguir a usted los pasos.

Y por este orden oía Rafael otra porción de tantísimas bromas, insípidas y sin gracia que tanto abundan entre la gente que se llama de buena sociedad, en la cual hay cada tonto y cada impertinente y cada hombre sin educación de caballero, que yo no sé como puede ser buena. Al fin, lo mismo esta noche que todas las demás, logró Rafael zafarse, haciéndose el indiferente y huyendo como del fuego de las amistades íntimas.

Siguió haciendo esta vida una porción de días, siempre muy elegante y casi casi con lujo, porque con seis o siete mil reales que importaría la cuenta del sastre, estaba al nivel del más pintado, pues, ofortunadamente, no se acostumbra a llevar puesto más que un traje y no se ha dado en la moda de llevar los elegantes, dos o tres mulos cargados detrás de sí con el resto de su voluminoso equipaje. No llevaba diamantes ni cadenas ni sortijas, pero ya tenía el buen cuidado de hablar, siempre que se ofrecía ocasión, muy mal de todos estos enredos, como indignos de la sencillez con que debe vestirse un hombre de buen tono.

No creo yo que los diamantes y otras cosas así, colocadas con buen gusto, estén reñidas con el buen tono; pero todavía el que las tenga debe ser de la opinión de Rafael, porque menos le cuesta esto que comprarlas.

Poco a poco, o por mejor decir, mucho a mucho, fué menudeando nuestro joven las visitas a casa de Inés, y ya lo llevaba todo muy adelantado con ella, y a decir verdad, sin haberse acordado más de su amor, cuando un día su tía, que era una de esas tías comunes, aunque con sus pretensiones de aristócrata, le llamó aparte y le preguntó—pregunta formulada para tales casos lo menos hace ya treinta siglos entre la gente honrada—le preguntó con cierto aire de represión, que con qué intenciones iba a su casa.

Amante ha habido que estando un poco fastidiado de la niña y de su familia, y no pensando en el matrimonio, por no mentir, ha respondido la verdad y ha dejado helado con su pecadora franqueza al virtuoso preguntante. Pregunta es ésta que ha venido a importunar a mil amantes menos decididos y que no sabían cuáles eran sus intenciones.

Afortunadamente, Rafael tenía sus intenciones correspondientes, y por la sanidad de su fin, podía confesarlas sin ruborizarse. Así es que respondió con sencillez.

—Nuestras intenciones, señora doña Isabel, son las de casarnos.

—¿Con que ella también?... ¡Oh, tonta de mí, que por indiferencia tengo la culpa de todo! ¡Pues no, no será, no; no será! ¡Usted es un seductor!...—exclamó la buena doña Isabel, con una rabia que daba risa.

A Rafael, que estaba muy sereno, gracias a las instrucciones que don Ramón le había dado para esta esperada escena, le hizo mucha gracia aquello de llamarle seductor.

¡Oh, pasiones, y cómo trastornáis el sentido de los humanos! ¡Seductor un hombre que trata de llevar al pie de los altares y desde allí a su casa, a la querida de su corazón! ¡Seductor un pobre hombre que ha sido seducido hasta este punto por una mujer, que sabe Dios cómo le saldrá! ¡Seductor a quien, por el contrario, le cae la mala suerte de estar siempre velando, si no quiere que su mujer sea seducida por un verdadero seductor, a quien todas las mujeres casi se rinden, bien sabe Dios que contra su voluntad y contra lo que su obligación las pide,

pero a favor de lo que las piden otra porción de cosas suyas! No hay valor para sufrir, ni aun en chanza, esta infernal injuria que doña Isabel arrojó sobre el pobre Rafael, que es bien seguro que al no haber estado enamorado como un tonto, ni por todos los tesoros del mundo hubiera vendido su libertad, empeñando al mismo tiempo su honra en manos de una mujer, criatura débil, delicada, temerosa, asustadiza, inocente y simplecilla; cualidades todas que se están brindando a que un hombre, criatura, por el contrario, fuerte, grosera, impávida, serena, dañina y compuesta de otra porción de cosas, venga y se lleve por delante la honra y la mujer y todo lo que encuentre.

No se enfadó, con todo, Rafael, sino que suavemente y guardándola mil consideraciones, trató de convencer a doña Isabel de que aquello no era una seducción, sino todo lo contrario. Hablaba, en fin, con tanto comedimiento, se vió ella tan apurada para dar razones en contra del matrimonio de su sobrina con un muchacho tan guapo, tan atento, tan cortés, tan caballero, y por su porte, tan bien acomodado, que en vez de prohibirle la entrada en la casa, como al principio había dicho, esto quedó reducido a que no volviese tan amenudo, y en cuanto al matrimonio, dijo doña Isabel, que ella estaba bien segura de convencer a su sobrina de que era un disparate y de que se dejara de sus amores...

En medio de todo, no deja de ser amable la simpleza de esta buena tía, que sin alejar al amante creía poder concluir los amores de la sobrina. Es verdad que su intención fué la de que Rafael no volviera a su casa, pero éste se portó aquí como un hombre muy pegajoso y muy difícil de echar de cualquier parte. Hubiera necesitado doña Isabel tener mucho talento, o ser idiota, para negarse a convenir en una porción de razones suavisimas que el buen joven decía. Sin embargo, esta escena que no dejaba de ser interesante en la vida de Rafael, o no se hubiera representado, o hubiera tenido resultados muy diferentes sin el pasaporte de rico que Rafael llevaba en su traje.

El sabía lo que pasaba en su casa, pero la ropa, que no tenía nada que ver con esto, hacía y decía por él una porción de cosas que él no se hubiera atrevido a decir por no ser fanfarrón.

Entre tanto, el autor de aquella elocuencia, entre tanto el bueno del sastre, seguía *trin, trin, tris, tras*, con sus tijeras, cortando los fraques, sus levitas, sus chalecos y sus pantalones, cantando tal vez unas seguidillas como quien no se da importancia.

No dejó Rafael de contar a don Ramón, con todos sus pelos y señales, la importante conversación que había tenido con la tía de Inés, y el buen viejo que era sin duda algo grosero, y que en todas las cosas do este mundo, cuando ellas son tan limpias como se puede probar, veía algo de sucio y de indecente, creyó notar en las razones de doña Isabel, cierto miedo de perder con su sobrina ciertas cosas que sin duda ella no tenía por sí.

—Pondría las orejas—dijo—a que esa buena tía es pobre, y en ese caso hemos ganado el pleito, porque la sobrina es rica y bien puede usted ser generoso con doña Isabel y darla lo que quiera. Estoy seguro de que usted haría esto de todas maneras, pero no basta, porque doña Isabel sabría eso de que no hay que fiarse de nadie, pero tampoco dejará de saber que hay recibos, escrituras y otra porción de obligacioncillas en que entra papel sellado, y que son promesas firmes y valederas. ¡Ea! no hay que hacer aspavientos; lo que hay que hacer es ver si es cierto lo que yo digo, y asegurarla su parte en la ganancia a esa buena mujer.

Le quemaban estas cosas de don Ramón a Rafael.

—Pero por si esto no fuera como yo lo pienso, es necesario que no deje usted de tener sus citas con Inés. Como ella esté firme, no tenga usted cuidado de nada, porque sin embargo de que los padres los que están encargados de los menores, son personas racionales, como cada hijo de vecino, sin embargo, cuando la gente se quiere casar, suelen adolecer de un achaque que se llama *irracional disenso*; y entonces hasta los hijos, cuanto más los que no lo son, publican la *irracionalidad* de sus padres y se salen con su gusto, porque las leyes protegen a los racionales contra los padres así, y otras bestias fieras.

No hubiera necesitado Rafael del consejo de don Ramón para ver a Inés, y así es que no se descuidó y la vió, aunque no muy a sus anchas, como mejor pudo, siempre que ella le proporcionaba una cita por la noche, que fué algunas veces.

Voy ya muy de prisa, y quiero concluir pronto, que si no, había de escribir estas citas de tal modo, que a todo el mundo le entrarán ganas de estar en ellas y de citarse un día sí y otro no, o de tres en tres días.

En cuanto al otro consejo, tampoco dejó de tomarle, por más que le repugnara suponer sentimientos tan bajos en la pobre de doña Isabel. Esta procuraba por todos los medios posibles que los dos amantes no se vieran, y era desde el día en que la dejamos, casi casi hasta cruel con su sobrina, a quien imponía una porción de privaciones, privaciones que sufría Inés con resignación por que así se lo aconsejaba el mismo hombre de quien su tía quería separarla, que en cambio de tan mal tratamiento se tomaba la incomodidad de verla con peligro y a hurtadillas, solo por aconsejarla que tolerase con paciencia los caprichos de esta tía.

El primer día que Rafael fué a casa de Inés, le recibió doña Isabel sola. Nuestro muchacho trató de observar si era o no fundado el juicio de don Ramón, y sin embargo de que ella no quería hablar de tal cosa, él la fué poco a poco metiendo en conversación y poniendo en juego todo su talento, la arrancó en fin expresiones que no le dejaban duda de las ruines miras de la pobre doña Isabel. Entonces él, después de manifestarla un cariño y una ternura de hijo, después de hacerla mil protestas de que moriría de amor si ella no consentía en aquel matrimonio, porque él contra su voluntad no hacía nada, después de otra porción de cosas por el estilo, con la mayor delicadeza posible, y con tanta, que yo tengo para mí que ni la merecía ni la necesitaba doña Isabel, sino que era hija de que el pundonoso Rafael no concebía como se hacían ciertas cosas; con toda esta delicadeza, pues, empezó a hacer promesas de alguna cosa más, positiva que el cariño.

No quiero entrar en los pormenores de la conversación; hasta saber que en aquella conferencia quedaron acordos Rafael y doña Isabel, y contratada por esta buena tía su querida sobrina. ¿Pero no fué más bien en vista de las buenas cualidades de Rafael, que por otra cosa por lo que cedió doña Isabel? ¿Hubiera cedido también a un hombre perverso por el mismo precio? No, señor, es necesario confesarlo; a un hombre perverso le hubiera llevado más, porque algo había de valer el sentimiento de hacer infeliz a su sobrina.

Algunos apurillos pasó todavía Rafael, porque estaba muy falto de dinero, y se había cerrado en no pedir un cuarto a nadie, sin que para esto bastaran los consejos de don Ramón; pero estos apuros, todos fueron pequeños y gratuitos, que podrían divertirnos un rato si yo no tratara de acabar pronto, diciendo solo lo puramente necesario.

Después que doña Isabel estuvo ya de parte de nuestro joven, todo fué vuelta abajo, porque el tutor de Inés era casualmente amigo antiguo de su tía. Ni le perjudicó su pobreza, porque Inés ya lo sabía hacia mucho tiempo. Es decir, sabía que no tenía lo que se llama bienes de fortuna, porque él, fué esto lo primero que la dijo, apenas imaginó casarse, pero lo que es de su pobreza en detalle, de su patrona, de su mala casa, de sus apuros de dos o tres pesetas, de eso no la dijo ni una palabra. La falta de bienes de fortuna tampoco la importó mucho a doña Isabel, cuando lo supo que fué mucho después, porque como ella decía, su sobrina era rica por los dos, y él era un muchacho de muchísimas esperanzas y sobre todo noble y de muy buena familia.

En fin, después de todo arreglado, se casaron Inés y Rafael, sin bulla y sin farana; porque había dado Rafael cierto aire de indiferencia a aquel matrimonio, no en cuanto al amor, si no en cuanto a esas tonterías que suelen hacerse cuando la gente se casa.

Después de ya casados, fué cuando sin contarla pormenores, se lo dijo a Luisa, que siguió todavía viviendo en aquella casa algunos días, hasta que Rafael

por fin, después de haberla dicho cuatro mentiras que la probaban la necesidad que había de hacer aquello, dispuso que ella y Don Ramón, que desde luego se prestó a acompañarla, tomaran la diligencia de Andalucía, estuvieran por allá ocho o diez días y se volvieran después, escribiéndoles su llegada para recibirlos. Todo esto no era absolutamente necesario, pero cuando Rafael lo hacía, bien sabía por qué. Luisa con su carácter angelical y con sus costumbre de seguir los caprichos y rarezas de su hermano, aunque rabiaba de curiosidad, se tuvo que contentar con la esperanza de que sabría con el tiempo todas estas traposondas. Emprendieron con efecto, ella y Don Ramón su viaje, del que bien pronto estuvieron de vuelta, y fueron recibidos por Rafael, Inés y su tía. Luisa fué a casa de su hermano, y don Ramón se volvió a la suya, porque nunca quiso admitir las ofertas que Rafael le hizo para que fuera a vivir con él. Un día de allí a algún tiempo fué a verle el millonario Rafael, y le pidió por todos los santos del cielo que aceptase una considerable suma de dinero.

—Lo más que haré—le respondió don Ramón—será gastar con un poco menos de economía unos cuantos miles de reales que acabo de heredar; si algún día me falta dinero, cuente usted con mi palabra de caballero, se lo pediré a usted.

No quiso ofender Rafael su pundonor haciéndole más instancias.

Lo que hizo don Ramón fué, como quien ya estaba en más anchuras, mudarse a una casa buena, cerca de la de nuestro muchacho, donde comía algunos días y tomaba todos el café

VII

Pasó algún tiempo sin que nada de particular sucediera, hasta que en uno de los últimos bailes de máscaras se encontró Luisa sin saber cómo, con Carlos, en uno de los ángulos del salón.

Este Carlos, es aquel Carlos que no tendrá nada de particular que hayan olvidado los lectores, que con tan poco temor de Dios, creyendo firmemente que Rafael y Luisa eran marido y mujer, se atrevió contra un matrimonio y encontró una viuda honrada, que estando en la misma creencia, se atrevió también a dar una carta del amante a la para ella inocente esposa de su huésped, pues como acabados de llegar entonces nuestros jóvenes, ni sabía la buena mujer quienes eran, ni quienes dejaban de ser.

La carta aquella había seguido su curso ordinario, pero aun cuando con ella habían tomado un poco más de carácter los amores, sin embargo no hubo tiempo para que se vieran mucho, porque a lo mejor tuvo que marcharse Carlos, y aunque muy enamorado, no tuvo más remedio que dejar en Madrid su corazón y su querida, sin despedirse tan siquiera de ella, merced al trato excepcional entre los amigos, hombre y mujer que varían un tanto cuanto del trato del hombre con el hombre.

Acababa, pues, ahora Carlos de llegar, y lo primero que había hecho, apenas sacudido el polvo del viaje, habría sido irse a las máscaras, donde por su fortuna la primer mujer que vio fué a Luisa. No era el fuerte del buen muchacho, amar de todo corazón y de buena fé, pero en esta ocasión, se encontró con Luisa, cuando le dió un vuelco el corazón, sintió una especie de frío nervioso y no tuvo tiempo en medio de su éxtasis para otra cosa, sino para que se le entrase toda entera en el alma la delicada imagen de la hermosísima Luisa. No se si a ella le sucedió lo mismo, lo cierto, es que los dos se miraban suspensos, y no se acordaban de que las personas bien educadas se dicen algo cuando están juntas.

Por fin Carlos, sacando fuerzas de flaqueza y venciendo lo que para él en cualquiera hubiera sido cobardía de señorito tonto, empezó a hablar y habló tan mal, pero con tanta expresión, que no quiera Dios que yo me meta a decir aquí lo que el dijo allí, con los ojos y con todo el semblante. más que con la boca, yo

pobre de mí que no tengo más ojos que enseñar a mis retores que los de mi garapateadas letras.

El baile seguía. Rafael estaba cenando con una porción de amigos que no se hubieran alegrado poco de ver a Carlos, pero él que estaba cenando, tuvo buen cuidado de huir de ellos, y no habiendo tenido la fortuna de ser visto, antes de tenerla, se envolvió en un dominó y échele usted galgos. Luisa estaba con Inés, que como mujer casada y virtuosa y joven, estaba enteramente a disposición de su hermana, que se sentaba y se levantaba cuando quería. Eran dos muy bonitas para que las faltasen moscones, pero todos en fin, viendo y respetando la tenacidad de nuestro dominó, se fueron con sus bromas al lado de Inés; e hicieron un gran favor con sus risas y sus murmullos a Carlos, y yo creo que también a Luisa, que hablaban entre tanto como si estuvieran solos.

Llegó por fin Rafael al corro de su mujer y de su hermana, y entonces Carlos llamóle aparte, y dejando ver un rostro lleno de entusiasmo y de hermosura, porque es de saber que el amor es gran cosmético y el mejor afeite que se conoce, le dió un abrazo estrechísimo que fué contestado con placer, y sin andarse en más rodeos, le dijo:

—Chico, ¡se acabó! estoy decidido a casarme con tu hermana, ¡me la das!

Echóse a reír a carcajada tendida Rafael y le contestó:

—¡Pues no te la he de dar!—tú serás quien no la tomarás; enemigo declarado del matrimonio.

—¿Qué quieres apostar a que me caso?—dijo Carlos poniendo las dos manos sobre los hombros de Rafael.—¿Ea, hacemos una apuesta?

Le apretó la mano Rafael, volvióse a poner la careta Carlos, y el uno cogiendo el brazo a Inés y el otro a Luisa, anduvieron por allí viendo cómo seguía el baile, que seguía bastante bien.



Pues, señor, he aquí que tenemos colocados a los dos hermanos, y a los dos muy bien, porque Carlos era un título de Castilla, que aunque tenía padres, es bien seguro que no se opondrán a este casamiento, porque querrán mucho a su hijo, y con solo verla, querrán también a Luisa, por aristócratas que fueran, como no fueran avaros, que no lo eran, y sí padres amantísimos de su hijo.

Todo este fortunón se debía en la mayor parte al bueno del sastre, que *trin, trin, tris tras*, dale que le darás con sus tijeras, seguía indiferentemente el camino de la vida.

Todo iba a las mil maravillas, y ya era seguro que no había sido una calaverada del momento la proposición de Carlos.

Una sola cosa pequeñísima en medio de tantas grandes sucedía, y era, nada para el caso, que tenía una tosecilla ligera la hermosa Luisa de resultas de un constipadillo que cogió la noche aquella de las máscaras. Para curársela de una vez, se metió en cama por uno o dos días, pero ya había estado un mes enferma, sin que Carlos la hubiera dejado apenas un momento, cuando un día en que estaba a su cabecera, se incorporó Luisa en el lecho, pasó con blandura la delicada, blanquísima y casi transparente mano, por los aromados rizos de Carlos, dijo con acento modulado suavísimamente y con toda la celestial ternura de la esposa del cantar de los cantares:—Cuánto amor! ¡Carlos! ¡Carlos mío!... Le dió un beso, y se murió.

Carlos, atolondrado, alegre, al parecer no muy tierno, qué hasta entonces no se había enamorado de ninguna mujer, una vez probada la compañía que en el mundo hace el hombre al amor, no pudo acostumbrarse a marchar sólo por este fastidioso arenal, donde tan pocos consuelos halla el que no los encuentra dentro de sí mismo, o en el corazón de una mujer querida.

Carlos no dormía, no lloraba, no hablaba, sólo se ocupaba en responder en lo íntimo de su corazón cariñosamente, a una mirada que allí habían dejado impresa los ojos suaves, amorosos y espirituales de Luisa. Rodaba por su cabeza la figura alta, delicada, vaporosa de su querida, andando con aquella negligencia que tan misteriosamente convidaba al amor, a seguir el inseguro compás de sus pasos cuando vivía, cuando pasaba por delante de los ojos de Carlos, lo mismo que ahora por su imaginación.

Yo no sé, si sabiéndolo que esto pueda atormentarle, habrá alguien que se niegue a rezarle un padrenuestro, detestándole como a un impío suicida; yo por mi parte le rezaré trescientos, para que si ser puede, salve Dios esta alma de la pena eterna a que se la condujo tan sin ella saberlo, un pobre sastre que sin saber lo que hacía, puso a Rafael y a Luisa en disposición de que todas estas cosas sucediesen; porque si no hubiera sido por él, es casi cierto que Rafael, aunque se hubiera destrozado sobre sus traducciones, no hubiera pasado de ser un pobretón indecente, no se hubiera casado, y sobre todo no hubiera vuelto a ver acaso Carlos a Luisa, la que tampoco hubiera ido al baile, en que cogió el mortal constipado, ni cosa que lo valga. Al fin yo no diré que la culpa del sastre fuera tan positiva que se pudiera formar causa; pero mediata o inmediatamente, de su taller habían salido las penas que aguaron la felicidad de Rafael, los atroces tormentos del pobre Carlos, la profunda pena de sus padres que no volvieron a tener un día alegre, y en fin, tantas cosas como ahora mismo estarán sucediendo de resultas de esto.

El bueno del sastre entre tanto, *trin, trin, trin, tris, tras*, con sus tijeras, a sus levitas, a sus fraques, a sus chalecos y a sus pantalones!

Un sastre dió la felicidad a Rafael ¡Tal será la felicidad cuando la puede dar un sastre! ¡Pobre género humano! eso que llamas felicidad, es una cosa que puede deberse a cualquiera, pero la verdadera felicidad sólo se debe a Dios, que es el que dispone de los sentimientos de los hombres; cuando él quiere que uno sea feliz, le hace tonto, y se concluyó.

FIN DE LA NOVELA



Marca Registrada

FUERA CANAS

Sin teñirlas
ni arrancarlas

Gran invento **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasa)
Exfijase en la etiqueta La figura de la India (Marca Registrada.)
Producto antiséptico, compuesto de raíces aromáticas
Único que sin teñir, en pocos días devuelve a las canas su color primitivo. Usándole no salen nunca. Fortifica la raíz del cabello evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder color y fuerza. **Precio: 5 pesetas.**
Deventa en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor: J. BARRERA. Marqués de Santa Ana, 11. MADRID.

MUEBLES

de lujo y económicos.
Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.

CASA SOTOCA

Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39)
Hay guardamuebles.

CAJAS DE PAPEL

Millares a elegir desde 75 cts.

EL ARCA DE NOE

Corredera Baja, 39

COMPRO ALHAJAS JOYERIA

Plaza Mayor, 23. (esquina a Ciudad Rodrigo.)

TRABAJO FEMENINO

Señoras y señoritas obtendrán una facil e inmediata ayuda a sus gastos disponiendo de dos horas diarias para la confección (en cualquier localidad) de nuestras novedades y artículos de economía doméstica. Pedid catálogo ilustrado gratis. Apartado 841.-Madrid.



¡EUREKA!

CALZADO
WALK-OVER

Nicolás M. Rivero, 11
MADRID

CASA ESPECIAL EN SOMBREROS DE LUTO



LA ELEGANCIA
FUENCARRAL, 10. Prol.

PENA

COMPRO Y PAGO MÁS QUE NADIE, ALHAJAS Y PAPELETAS DEL MONTE

SAN BERNARDO, 52. - T.º 5196-M

NO SE OLVIDE

que la caspa es el mayor enemigo del cabello; hay, pues,

que destruirla y evitarla, lo que se consigue fácilmente con el agua **La Flor de Oro**, la que además aviva el crecimiento del cabello y le conserva la suavidad y color naturales. — Se vende en las perfumerías y droguerías.

LA CASA QUE MÁS BARATO VENDE

MARTINEZ, H. NOS

ALMACEN DE MATERIAL ELECTRICO

MADRID

Teléfono M-5087.

Fuencarral, 12.

BISUTERIA, JUGUETERIA Y PERFUMERIA
F. Martinez Hortaleza, 44
MADRID

SUAVIZA
EL
CUTIS

ALCOHOLATO

LO MEJOR
PARA
FRICCION

ALCOHOLERA :: :: Carmen, 10

ES CÓMODO

para el comprador saber el precio de lo que desea comprar, y no tener que preguntar a los dependientes, que muchas veces juzgan al cliente según va vestido; por esto el **Palacio u Hotel de Ventas, Atocha, 34**, pone los precios en cada artículo, y el que quiere compra, y el que no lo hace un día vuelve otro, en la seguridad de que es la Casa que más barato vende.

EMULSION VITÆ

FÓRMULA

Aceite de hígado de bacalao	60,0%
Nucleína.....	0,50%
Iodo orgánico.....	0,10%

Reconstituyente único, en todos los casos de depauperación orgánica indispensable para los niños en período de crecimiento.

Agente General: JOSÉ CINTO GUALLAR --- Madrid.

¡No preocuparse!

de callos ni uñas gordas. La célebre **Escofina Losada** de 1,10 y 1,65 ptas los destruye en el acto sin dolor. Se devuelve su importe a quien no satisfaga el resultado. En Droguerías y Ortopédicos.—Dtº. ctral. de España. Valver de, 14, Madrid. Viuda de R. Losada.—Gran rebajapor mayor.



Camisería Ridruejo

Novedades en corbatas cuellos y puños.—Abrigos de señora gran fantasía.—Medias y calcetines.— Géneros de punto.— Pañuelos de seda y algodón.— Canastillos y equipos.

Material eléctrico F. BRIHUEGA

CARMEN, 27 - Telf. 3000

R. Martínez Ridruejo

Fuencarral, 96 y Apodaca, 2
MADRID

TAPAS

para encuadernar los números publicados por LA NOVELA CORTA desde

1.º Enero al 30 Junio

1.º Julio al 31 Diciembre 1918

1.º Enero al 30 Junio 1919

Estas artísticas tapas, son de tela fantasía con estampaciones.

PRECIO: Madrid, 1,50 ptas.—A provincias, 1,75 ptas.

Todo pedido deberá venir acompañado de su importe.—No se acepta el pago en sellos.

TINTURA ZAIDA

Agua milagrosa para devolver a las canas su primitivo color.

DEPOSITO: G. ARIAS.—CORREDERA BAJA, 43.—MADRID

TOALLA VENUS

Verdadero talismán de la belleza del rostro. Grande, 60 ptas.; media, 30; pequeña, 5

Para estos anuncios, dirigirse a nuestra sección de publicidad

RENÉ GRANDIOUX

CARDENAL CISNEROS, 16

: : : : MADRID : : :

(SE ENVIAN TARIFAS A QUIEN LAS SOLICITE)

Oficinas y Talleres de

PRENSA POPULAR

propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y Finé.—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3, Madrid.